

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO. 16/12/2018

Homilía Ordenación de Diáconos y Presbíteros

Queridos hermanos:

Comparto con vosotros, padres y familia de los ordenandos, presbíteros y diáconos, la alegría de este día, domingo *Gaudete*, en seréis ordenados. Pero también lo comparto con las parroquias donde habéis nacido o en las que estáis trabajando; con los sacerdotes y tantos cristianos que os han ayudado en vuestra formación. Felicidades a la Iglesia entera de Toledo. He aquí la razón que esta ordenación sea en la Catedral, casa de esta familia eclesial.

Pero se alegra también el Seminario Diocesano, y mucho. Traigo a mi memoria esa escena del Evangelio cuando “Jesús subió a la montaña, llamó a los que quiso y se fueron con Él” (Mc 3, 13). Un Seminario significa que hoy el Señor sube a la montaña y llama a los que quiere, y se dejan llamar y responden a la voz del Único Pastor. Felicidades, pues, Seminario.

Es bello ver hoy jóvenes que se apresuran a seguir la llamada de Cristo: ¡quiero que seáis pescadores de hombres! ¡Es bueno, por ello, saber que Dios también hoy es el Dios que “alegra mi juventud”, como dice el texto griego del Salmo 43,4, que entusiasma a los jóvenes y suscita en ellos el deseo de tirar por tierra las redes de la vida burguesa, de suscitar la búsqueda de otros tesoros enormes, para que llevéis, a su vez, este Dios a los demás! ¡Es bello constatar hasta qué punto la Iglesia permanece siempre joven y se alegra sin cesar en los jóvenes! Lo ha dicho el Papa Francisco tantas veces y lo ha dicho el Sínodo recientemente. Los jóvenes pueden traer al mundo de la fe, a la Iglesia entera, una época nueva, ideas nuevas, experiencias y conocimientos nuevos. Lo pueden hacer en tantas, tan variadas y estupendas vocaciones que en la Iglesia florecen al matrimonio, a la vida consagrada, al sacerdocio o al diaconado; también al testimonio de Jesús en la vida pública y en la misión “ad gentes”.

En la Iglesia todos somos necesario y tenemos una dignidad común. El Concilio Vaticano II es contrario a la tendencia de identificar la Iglesia con los obispos, los sacerdotes y los diáconos (cfr. *Lumen Gentium*). La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, su Esposa, su Pueblo, y en él existen todas las vocaciones que, todas, están para el bien común de todos. Esta vocación de obispo, sacerdote o diácono no está, pues, separada de la vida de la Iglesia entera. ¿Cuál es, según la fe católica, la diferencia, por ejemplo, entre los fieles laicos y la vocación al sacerdocio de Cristo? Todos los hijos de la Iglesia rezan, pueden bendecir los padres a los hijos, dar testimonio de la fe, enseñar la doctrina cristiana, formar la fe propia y la de otros, vivir la caridad de Cristo. Parecen que hacen lo mismo materialmente que los sacerdotes, pero estos lo hacen sacramentalmente. ¡Ah! Sacramentalmente quiere decir que re-presentan a Cristo, y actúan en su nombre como Cabeza de la Iglesia, y quiere decir también que llevan a cabo acciones salvíficas de Cristo, que otros fieles cristianos no pueden realizar.

Sin embargo, estas acciones sacerdotales no están ligadas directamente a la santidad personal del Obispo, sacerdote o diácono. En los Sacramentos Cristo actúa infaliblemente, incluso si el sacerdote es pecador. Y esto es una garantía para todo el Pueblo de Dios, al actuar en nombre de Cristo Cabeza. No digo que la vida santa de un sacerdote no tenga importancia; es más, normalmente Cristo da mayor vigor a su gracia cuando el sacerdote es verdadero testigo del Señor y conforma su

vida a la de nuestro Salvador. El Obispo y el presbítero o sacerdote han de ser *pastores; y no es pastor cualquiera*; tiene que tener un corazón de pastor que haya ido madurando durante años en el *semillero/seminario* concreto, no según su criterio.

Pastor no es solo el anuncia el Evangelio, denuncia o cumple incluso escrupulosamente con su deber de manera fría. Un pastor es el que, habiendo conocido a Cristo pastor y por Él llamado, da la vida cada día por los suyos, sus ovejas. Es aquel que trabaja sin horario, que no solo programa, sino el que vive cada día buscando más el bien de sus fieles, y buscando nuevas oportunidades de pastores ante nuevas situaciones, y menos los círculos estrechos del clericalismo.

En el precioso y breve pasaje de Mc 3,13, con el que empezaba la homilía, cada palabra está cargada de significación. Jesús sube a la montaña. Él ha amado las montañas de Galilea, como ha amado el Lago, las flores de los campos y los pájaros del cielo. Él ha amado la Creación, porque ella es su Palabra que toma figura, y es reflejo del misterio divino de don que Él ha traído para nosotros. Pero el hecho de que la llamada haya tenido lugar en la montaña indica que hay algo más aún. La montaña es el lugar de la oración de Jesús. Es el lugar de su soledad, de su coloquio con el Padre. Expresa la altura, la elevación interior más allá del aprisionamiento en las cosas de la vida cotidiana. La vocación de los discípulos nace del diálogo de Jesús con el Padre. Vosotros no habríais podido recibir esa llamada, si no hubierais efectuado esta ascensión interior en compañía de Jesús. Si queremos encontrar la vocación a la que Dios nos llama, si queremos acogerla y llevarla a la madurez, debemos encontrar la montaña de Jesús: la amistad con Él, la libertad respecto a la vida de todos los días, no en momentos esporádicos a golpes de emotividad, la paz, la acogida, el diálogo con el Dios vivo. Debemos conseguir esta transparencia y esta altura donde la voz de Jesús se puede escuchar.

“Y llamó junto a Él a los que quiso”. Esto acontece también ahora: llamó a los que quiso. El sacerdocio sólo es posible si uno se dispone a oír su voz. Reposa sobre una relación dialogal. Eso sí: depende de la iniciativa de Cristo. El texto de Mc es aquí muy insistente: Él llamó a los que quiso, y no simplemente a los que lo deseaban.

En este sentido, no existe derecho a ser sacerdote ni para los hombres ni para las mujeres. No se puede escoger el sacerdocio como se escoge cualquier otra profesión. Uno es escogido por Cristo para esta tarea. El derecho al sacerdocio no está en la lista de los derechos del ser humano y nadie lo obtiene porque proteste o se manifieste en su favor. Hay que decirlo así, no sea que algún gobierno legisle al respecto, creyendo que de este modo consigue una discriminación menos en nuestra sociedad, tan dispuesta a que se reconozcan derechos y pocos deberes.

Hay un cierto paralelismo entre los sacerdotes y Juan el Bautista, el Precursor de Cristo: exigimos que el que tenga dos túnicas comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo. Deberemos decir a muchos que no exijan más de lo establecido, o que no hagan extorsión a otros ni se aprovechen de nadie con falsas denuncias. Pero esas exigencias no parten de nosotros. Nosotros las hacemos presentes porque lo quiere Cristo. No somos nosotros los que con “crescida soberbia” exijamos muchas cosas porque así se me obedece a mí, que soy en enviado de Cristo. No, soy precursor, que pongo en contacto, con la fuerza del Espíritu Santo, lo que quiere Jesús, procurando ir delante con el ejemplo y la mansedumbre del apóstol. Yo quiero que todos sean bautizados en aguas y en

Espíritu, pero es el Espíritu Santo quien en realidad bautiza con el fuego del amor de Cristo.

A los que vais a ser ordenados presbíteros y diáconos, se os abre un horizonte inmenso, capaz de llenar vuestra vida. Es precioso colocar en ese horizonte la entrega voluntaria de vivir vuestra sexualidad, diáconos, como célibes que ofrecéis vuestras personas en amor indiviso a Cristo, que siempre vendrá en vuestro descanso para el cansancio, haciendo que vuestro amor no quede solo en el bello ámbito del matrimonio, sino que salga de vosotros hacia tantos que necesitan el amor crucificado de Cristo.

Y os digo también a vosotros, presbíteros, que es precioso ser sacerdote: ser pastor es orar mucho, tener alegría, vivir la liturgia de la Iglesia, celebrar sobre todo la Eucaristía, estar disponibles para perdonar los pecados en nombre de Cristo y hacer discípulos. Pero es también organizar la pastoral de la Iglesia, dar cancha a los fieles laicos y consagrados, acoger a los que vienen y salir a buscar a los lejanos. Y sentirse miembros de este Presbiterio, al que sois agregados, cooperar desinteresadamente en la acción pastoral, tener el corazón a las necesidades de los más pobres, vivir y hacer vivir la caridad de la Iglesia, estar disponible, sentirse parte de un todo, vivir la Iglesia Madre que nos da a Cristo, estar cercano a todos y cuidarse para Cristo y los demás, ser alegría, fortaleza y estímulo para los que están a tu lado, aceptar la vida con sus dificultades sabiendo que todo lo podemos en Aquel que nos conforta.

Alegraos con la hija de Sion; se nos invita a todos a regocijarnos y a disfrutar con todo nuestro ser. En esta hija de Sion, Santa María, está el Señor Jesús. Se nos dice que no temamos mal alguno, que nos alegremos como en día de fiesta: llega el Señor y lo encontramos en María. Nos alegramos de encontrarlos también en vosotros, amados de Dios, elegidos por Cristo para bien de la Santa Iglesia, la Esposa de Cristo, siempre vuelto a nosotros. Que así sea.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España